

Lo que Dios hace con nuestros pecados

Wendell Needham

*«... Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones»
(Hebreos 10:17).*



«Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hechos 2:38). Esta fue la respuesta del predicador al clamor angustiante de los judíos que estaban siendo acusados por sus conciencias en el día de Pentecostés y que habían preguntado: «Varones hermanos, ¿qué haremos?». Predicando en Jerusalén, tiempo después, a otra gran multitud, Pedro mandó: «Así que, arrepentíos y convertíos, para

que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio» (Hechos 3:19). En ambas ocasiones, Pedro instó a la obediencia al Señor con el fin de recibir la remisión de pecados.

Dios nos ama y está presto todo el tiempo a perdonarnos y a salvarnos. No es necesario suplicar mucho ni rogar mucho a Dios para ponerlo a Él en un estado de ánimo para perdonar.

El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento (2ª Pedro 3:9)

Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad (1ª Timoteo 2:3—4).

He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír (Isaías 59:1—2).

Porque tú, Señor, eres bueno y perdonador, y grande en misericordia para con todos los que te invocan (Salmos 86.5).

Pero tú eres Dios que perdonas, clemente y piadoso, tardo para la ira, y grande en misericordia... (Nehemías 9:17).

El hombre está agobiado con un enorme peso de pecados. Pero Dios es misericordioso y lleno de gracia y está dispuesto a quitarnos el peso por medio de perdonarnos. ¿Qué debe hacer el hombre con respecto a sus pecados? ¿Qué hace Dios con nuestros pecados cuando Él perdona?

LO QUE DEBEMOS HACER CON NUESTROS PECADOS

Las personas que están enfermas físicamente, y saben que lo están, buscan al médico y un remedio. Cierta vez visitó a su médico para ser examinado y se le dijo que tenía cáncer. Se sometió a todos los tratamientos que sus doctores podían darle, pero empeoró gradualmente. Gastó todo su dinero y pidió prestado más dinero para pagar tratamientos adicionales en otro hospital. Estaba desesperado por vivir y dispuesto a sacrificar lo que fuera necesario para curarse.

Las personas que están sufriendo por la dolencia del pecado deben estar igualmente interesados en recibir el bálsamo curador de almas de Galaad. Los que descubren cuál es su dolencia y entienden que, a menos que sean sanados, perecerán eternamente, son los que están en posición de aceptar el remedio del Gran Médico. ¡El ministerio sanador del Gran Médico es gratis!

Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro (Romanos 6:23).

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe (Efesios 2:8—9).

Hemos oído a diferentes personas decir: «Sencillamente no supe apreciar una buena salud hasta que la perdí». Tuve la fortuna de conocer y de tener comunión con dos presidentes de banco distintos. Estos dos hombres buenos padecían de enfermedades dolorosas de los ojos. Ambos me dijeron en ocasiones separadas: «Sencillamente no supe apreciar una buena visión hasta que la perdí».

De igual modo, nadie puede apreciar lo que Dios ha hecho por él; tampoco puede apreciar el mensaje salvador de almas del evangelio; tampoco puede apreciar la posibilidad de la salvación en Cristo Jesús hasta que se dé cuenta de que está perdido. Cuando una persona se da cuenta de que está perdida y que va rumbo a la perdición eterna, entonces podrá apreciar el hecho de que el amor de Dios, Su gracia y Su misericordia han provisto el remedio seguro para su purificación.

Existen dos extremos en las personas. Algunos tienen la actitud de ser personas verdaderamente excelentes. Cierta vez al que se le acercaron con el llamado

de Cristo para persuadirlo a obedecer el evangelio, dijo: «Sí, yo sé que yo sería de gran ayuda para la iglesia en esta comunidad. Soy una persona influyente en la comunidad y tengo talentos extraordinarios. Estoy seguro de que la iglesia necesita a un hombre con mis recursos y habilidades». ¡La anterior es la verdadera razón por la que muchos se encuentran en una situación no salva ahora! No tienen sentido de culpabilidad ni de necesidad. Realmente no se dan cuenta de que están perdidos. Tales personas no serán salvas sino hasta que se den cuenta de que están condenadas ante Dios y cambien su actitud. Jesús enseña que todos deben ser «pobres en espíritu» y «llorar» para que puedan entrar en la familia de Dios y ser salvos (Mateo 5:3—4). Sin embargo, existe otro extremo. Algunos tienen esta idea: ¡He sido tan malo y pecador por tanto tiempo! He vivido una vida tan mala que no puedo creer que Dios me perdonará y me recibirá». Algunas personas tienen una idea errónea de Dios. Lo consideran un monstruo terrible con poderes ilimitados que está presto a despedazarlos o agarrarlos por el cuello y lanzarlos con júbilo en las llamas del infierno. Tales ideas se basan en la ignorancia, el miedo y la superstición. El concepto que tienen de Dios es completamente errado. Dios en Su gran misericordia perdonará al pecador más malvado si este acepta y obedece Su voluntad. Observe lo que Pablo dijo a Timoteo: «Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1ª Timoteo 1:15). Pablo sabía que si Dios podía salvar al primero de los pecadores, podía salvar a todos los pecadores.

Qué maravilloso sería que todos los que están perdidos se dieran cuenta de que están condenados delante Dios y que necesitan el poder purificador del Gran Médico. De seguro, algunos se volverían a Dios en obediencia al evangelio y nacerían de nuevo del agua y del Espíritu para entrar en la santa familia de Dios.

LO QUE DIOS HACE CON NUESTROS PECADOS

En primer lugar, Cristo los lleva sobre Él. Pedro dijo: «... quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados» (1ª Pedro 2:24). En lugar de «llevó», algunas traducciones más recientes consignan «levantó» nuestros pecados. El pecado es representado como una carga terrible que no podemos llevar solos. Sin la ayuda divina, nos aplastaría y destruiría. No hace mucho tiempo vimos un documental televisivo sobre la vida en México. Cierta escena mostraba a un hombre con un pequeño burro mexicano que llevaba una carga de gran peso. El pequeño burro cayó bajo la carga, y a pesar de los latigazos y patadas de su dueño, no podía levantarse debido a la pesada carga. Nuestra situación como pecadores que somos es muy parecida a la del pequeño burro. Tenemos una carga que es demasiado grande para nosotros. Pero Jesús «llevó» o «levantó» nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero. Al leer este pasaje se nos recuerda del sacerdote antiguotestamentario que llevaba un sacrificio al altar de bronce para ofrecerlo en holocausto. Pero Cristo mismo es la ofrenda. El «llevó [...] nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero».

En segundo lugar, Dios remite nuestros pecados. A los judíos que estaban conscientes de su pecado en el día de Pentecostés, Pedro les dijo: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hechos 2:38). Nuestros pecados son representados como una enorme deuda que no somos capaces de pagar. Somos como el siervo de la parábola de Jesús que debía al rey diez mil talentos, una suma equivalente a 10 millones de dólares, sin contar la tasa inflacionaria desde el siglo primero. ¡La deuda del siervo era más que los impuestos que Roma recaudaba en toda la tierra de Palestina en un año! Sin embargo, el rey tuvo compasión del siervo y le perdonó toda la deuda. No había manera como el sirviente pudiera haber pagado su deuda. La compasión del rey para con el siervo fue verdaderamente significativa. Nuestra deuda de pecado es tal que la única manera de llegar a un arreglo es que la deuda sea remitida. (Vea Mateo 18:21—35.)

La palabra «remisión» también se usa en el Nuevo Testamento y fue usada en tiempos antiguos en referencia al alivio de las enfermedades. * M. R. Vincent en Word Studies in the New Testament (Estudio de palabras del Nuevo Testamento), al comentar sobre la palabra «remisión» de Lucas 3:3, dice: «La palabra aparece en Lucas de forma más frecuente que en todo el resto de los autores neotestamentarios combinados. Se usa en el lenguaje médico en referencia al alivio de la enfermedad». Dios produce la remisión de la enfermedad por medios naturales. El produce la remisión de pecados por medio del poder divino como respuesta a la fe y a la obediencia del pecador.

Dios es presentado por Pedro como el que «borra» pecados. En Hechos 3:19, Pedro mandó: «... arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio». «Borrados» proviene de un participio griego que significa «quitar, limpiar, borrar». Platón usó esta palabra para referirse al acto de borrar lo escrito. A veces, las personas de antaño limpiaban o raspaban lo escrito en un manuscrito y volvía a usar la superficie. Una tabla de cera para escribir a menudo era restregada con una piedra pómez con el fin de borrar algo que se había escrito sobre ella, y la superficie se usaba para volver a escribir algo diferente. En respuesta a la fe que el pecador tiene en Jesús y a la obediencia al evangelio, Dios «borra» sus pecados y lo cuenta como justo. Al igual que lo escrito se borraba, limpiaba o quitaba de un manuscrito antiguo, Dios borra nuestros pecados y deja de tomarlos en cuenta.

¿Qué hace Dios con nuestros pecados? Nos purifica de todo pecado. En I Corintios 6:9—11, Pablo dijo:

¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis

sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios.

Cuando Ananías vino a Saulo de Tarso, quien había estado orando y ayunando en Damasco, él dijo:

«Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre» (Hechos 22:16). Juan escribió: «... pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado» (1ª Juan 1:7).

La humanidad cargada de pecado es retratada como inmunda y sucia, teniendo necesidad desesperada de ser lavada y purificada de toda inmundicia. La sangre de Jesús es el agente purificador que lava nuestros pecados. Sin embargo, las personas deben aceptar el sacrificio expiatorio de Jesús por fe y obediencia con el fin de ser purificados. Cuando la obediencia al evangelio se verifica, Dios lava nuestros pecados y de esta manera nos purifica. El «... nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre» (Apocalipsis 1:5). El pecador que era como «ropa contaminada» antes de su conversión, ahora se encuentra limpio y puro delante de Dios.

Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, se dice que cuando Dios perdona los pecados, «no se acordará más de ellos». Ezequiel dijo:

Mas el impío, si se apartare de todos sus pecados que hizo, y guardare todos mis estatutos e hiciere según el derecho y la justicia, de cierto vivirá; no morirá. Todas las transgresiones que cometió, no le serán recordadas; en su justicia que hizo vivirá (Ezequiel 18:21—22).

El autor de Hebreos dijo: «... Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones» (Hebreos 10:17). ¡Y Dios tiene un olvido perfecto! Si Dios «no se acuerda de ellos más», es como si no se hubieran cometido. Por medio de la expiación de Cristo en la cruz, estamos bajo un nuevo y mejor pacto, un pacto que ofrece un perdón gratis y completo que hace que Dios olvide para siempre nuestros pecados e iniquidades. Mientras los israelitas tenían pecados e iniquidades que eran recordados «año tras año», aquellos a los que Dios perdona bajo el nuevo pacto que fue ratificado por la sangre de Cristo, tienen la promesa de que sus pecados son olvidados.

En Miqueas 7:19, el profeta presenta dos cosas que Dios hace con nuestros pecados, a saber: «El volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados». En la primera parte del versículo, el profeta representa nuestras iniquidades como una manada de animales despiadados que nos atacan y destruyen. Pero Dios los quita y los pisotea bajo Sus pies y los destruye. En la segunda parte del versículo, se representa a Dios arrojando nuestros pecados en lo profundo del mar. Es fácil visualizar a Dios quitando todos nuestros pecados, echándolos en un saco, el cual

ata de forma segura y arroja en lo más profundo del océano, donde se hunde profundamente, hasta no poder ser recuperado. En ambas ilustraciones, Dios nos salva de ser destruidos por pecados de los cuales estábamos desvalidos para escapar. Es fácil visualizar la primera ilustración de un ejército que se ha empeñado en capturarnos, del mismo modo que el ejército de Faraón trató de capturar a los israelitas cuando huían de la esclavitud egipcia, sin embargo, Dios pisotea al enemigo bajo los pies. En la segunda ilustración, se puede visualizar al ejército egipcio siendo destruido en el Mar Rojo. De este modo, Dios rescata a su pueblo de los nocivos efectos del pecado.

El salmista nos da una ilustración de lo que Dios hace con nuestros pecados, diciendo: «Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones» (Salmos 103:12). Es difícil imaginar una distancia mayor que la comprendida entre el oriente y el occidente. Dios quita nuestros pecados tan completamente, que es como si los llevara de un lugar a otro tan distante como sea posible. El perdón de Dios es absoluto. Adam Clarke hace un comentario hermoso sobre el versículo anterior, diciendo: «Como el oriente y el occidente jamás pueden encontrarse en un solo lugar, sino que están siempre a la misma distancia

www.henrycis.com cisnerosme@yahoo.com.mx

*M. R. Vincent, *Word Studies in the New Testament* (Estudios de palabras del Nuevo Testamento), vol. 2 (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1946), 147.